

mundo un lugar digno de vivir en él, y del hombre un ser digno de habitarlo, le valieron el epíteto de "el hombre más inmundado de Inglaterra", por parte de sus enemigos; pero también sirvieron para que este extraño poeta —su poesía puede compararse sin desdoro con la de Yeats—, que se identificaba con la Gran Bestia 666 del Apocalipsis, haya sobrevivido a su muerte y sea hoy objeto de culto por parte de las generaciones y los grupos culturales inquietos.

El tratado de Astrología de Crowley es una obra técnica, pero amena, sin ser superficial. Su tratamiento del tema es profundo y aporta novedades, como, por ejemplo, un completo estudio de las propiedades del planeta Neptuno. A lo largo de sus páginas, es el poeta el que escribe, desplazando al astrónomo y al matemático; su sistema astrológico deja de lado las rígidas leyes de la astrología judiciaria y se convierte en un arte, donde lo importante es la inspiración, que despierta por el uso adecuado de los símbolos planetarios. Podemos no estar de acuerdo con la veracidad de la Astrología, y sin embargo considerar el libro de Crowley como una muy interesante obra de imaginación y de erudición. Sin embargo, resulta triste que su primera obra publicada en castellano trate de un tema tan poco interesante, y que tuvo muy poco eco en la totalidad del trabajo de Crowley. Hubiera sido más interesante publicar antes su "Autohagiografía", llena de frío humorismo e inteligencia cáustica; o bien su novela "Moonchild", de tema mágico, y que está, por lo menos, a la altura del "Zanoni" de Bulwer Lytton. Sin embargo, la publicación de este libro sirve, al menos, para dar constancia de la existencia de un personaje tan interesante como fue Aleister Crowley. ■ EDUARDO HARO IBARS.

"Nuclearizar España"

Pedro Costa Morata dice en el prólogo a su reciente libro, "Nuclearizar España" ("Los libros de la Frontera") lo siguiente: "Yo —sébase antes de nada— soy contrario a las centrales nucleares de hoy y, en concreto, a las que están invadiendo España. Más: disiento profundamente —como en el texto se verá— de la política energética de nuestra Administración, y considero el Plan Energético como un monumental error nacional".

Después de confesión tan meridiana, el lector no puede extrañarse al leer un libro donde escasean los circunloquios, abundan los nombres propios y está presente el testimonio de primera mano, fruto de los no pocos viajes que el autor ha hecho al lugar del crimen, dondequiera que éste se presentase.

El panorama a que se enfrenta Costa (y España) es para echarse a temblar. El 30 de abril de este año las cosas estaban así: tres centrales en funcionamiento, cuatro en construcción, cuatro autorizadas y trece en proyecto... De estas diecisiete en proyecto o con autorización previa, "nueve están contestadas", en ocasiones incluso por parte de los mismos Ayuntamientos. Pedro Costa, que reconoce pertenecer a "la molesta especie del



ecologista" y que ha participado en estas contestaciones de una manera u otra (los lectores de TRIUNFO han tenido y tienen oportunidad de leer sus alegatos antinucleares), facilita en este libro materia y enseñanza para la contestación nuclear. Quiere, dice, "advertir al ingenuo y animar al indeciso". Pero no lo hace de forma irracional, ni se opone porque sí. Ingeniero técnico de Telecomunicación, especializado precisamente en instrumentación electrónica de control aplicada a lo nuclear, no es —evidentemente— ajeno al tema tratado. Tampoco descarta la posibilidad de que algún día las centrales nucleares sean "máquinas perfectas de funcionamiento impecable", pero eso no es por ahora el caso, ni fuera de aquí ni, mucho menos, dentro.

De las cuatro partes en que ha dividido su estudio, es la tercera la que más directamente nos afecta: la referida a nuestro país. No es pesimista. Y eso que el autor señala que se desaprovechan nuestras posibilidades

energéticas de muy diverso tipo (carbón, sol, energía geotérmica, viento, mareas, saltos de agua, etcétera), que las compañías eléctricas son un "escándalo nacional", que el Plan Energético es "más absurdo que sagaz, impositivo y nada democrático", etcétera, etcétera. Hemos llegado a tal punto, que —asegura— peor no nos puede ir después. Saludable y optimista postura, que habrá que oponer a la de aquellos que estiman que el estado siguiente al de malo suele ser el de pésimo.

Ninguna de las otras tres partes nos es ajena. Ni la situación actual de la energía nuclear, ni los riesgos y amenazas de la misma, ni sus perspectivas futuras.

Costa indica que la oposición popular "ha continuado extendiéndose". Y "como no es posible separar política de energía", asegura que "hay que seguir pidiendo —exigiendo— una sociedad vertebrada sobre un equilibrio distinto del actual". ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

"Investigaciones económicas"

En cinco áreas podemos considerar dividida la nueva revista "Investigaciones Económicas", de periodicidad cuatrimestral, perteneciente a la Fundación del Instituto Nacional de Industria. Forman el Consejo de Redacción: Josep Fontana, José Luis García Delgado (secretario), Manuel J. Lagares Calvo, Ernest Lluch y Julio Segura, que es a la vez director de la publicación, cuyo primer número acaba de aparecer ahora. Cada uno de estos miembros del Consejo están ligados a cada una de esas cinco áreas: Teoría económica y econometría (Julio Segura), Economía española (José Luis García Delgado), Sector público (Manuel J. Lagares Calvo), Historia económica (Ernest Lluch) e Historia del pensamiento (Josep Fontana).

"Investigaciones Económicas" es, en cierta manera, una revista generacional por la formación de su consejo redaccional y por la edad de sus colaboradores. Es acaso la primera revista de este tipo en la que no aparece ninguno de esos nombres consagrados (Fuentes, Velarde, Sampedro, Rojo, Tamames, etc.) a los que, por otra parte, tanto debe la Universidad española.

Como vemos por todo lo anterior es una revista de carácter interdisciplinar en Economía, en correspondencia a una concepción de la misma como ciencia social. Tampoco pretenden sus responsables que sea una revista neutral, por la misma razón.

Colaboran en este primer número: Lagares, Torras Elías, Fernando Maravall, Alfonso Barceló, Torrero Mañas, Segundo Bru, García Viñuela, G. Steinkamp, Matilde Mas, Raymond Bara, J. L. García Delgado, Josep Fontana, Gabriel López Casares, Ernest Reig y R. Padilla. Su estructura responde a la de una revista de investigación, con varios trabajos de este tipo al principio, notas y revisiones a continuación y una serie de reseñas. Como apéndice informativo se incluye una relación de las tesis doctorales del curso 1973-74, que se continuará en los próximos números con los cursos siguientes. ■ V. M. R.

TEATRO

Una comedia leve, "La libélula"

Hay historias ligeras cuyo tratamiento literario y puesta en escena consiguen hacer graves. Por el contrario, existen historias potencialmente ricas que luego las palabras y el modo de materializarlas sobre el escenario las rinden puro pasatiempo. Ese podría ser el caso de "La libélula", comedia menor que, sin embargo, quizá encierra una reflexión sobre el comportamiento femenino no exento de amargura. En todo caso resulta difícil hablar de la comedia latente a la vista de la comedia concreta. Porque, sin faltarle la razón, quien nos lea y vaya al Beatriz podría decirnos que habíamos juzgado una comedia que no existe.

El hecho es que la protagonista puede ser tomada por un insecto pelma que, además de atosigar al marido y al amante, es una señora muy guapa que aprovecha todos los mutis para cambiar espectacularmente de traje —como es el caso de Anafia

Gadé y de la puesta en escena de Angel Fernández Montesinos—, o bien como la mujer que identifica el amor con la sumisión del "otro". Dicho así, parece todo muy pueril. Pero la verdad es que la comedia apunta una serie de elementos, referidos al medio social del matrimonio, al comportamiento de los personajes y, sobre todo, a la "invasión femenina" en el mundo masculino, que, confrontados con los habituales conceptos del "machismo", de la "pobrecita mujer" o de la "mujer objeto", no dejan de ser irónicamente sugerentes. La mujer se niega a separarse del marido porque no podría aceptar que éste se casase de nuevo. Así que opta por convencer al amante de que lo mate. Sólo que marido y amante, que tienen gustos muy parecidos, acaban queriéndose fraternalmente y poniéndose de acuerdo para quitarse de encima a la "libélula".

Cuento un poco, contra mi

Con lo dicho queda ya sobrentendido que tanto los autores, Aldo Nicolai y Phillippe March, como el adaptador Juan José Arteche, como el director Angel Fernández Montesinos, han optado absolutamente por la segunda alternativa. Si el teatro madrileño aparece en esta hora cargado de espectáculos críticos o, al menos, de espectáculos que aspiran a dar que pensar y que sentir a su público, "La libélula" comparece con la voluntad opuesta de simplemente divertir al viejo estilo, sin el menor interés en profundizar en las posibilidades de sus situaciones dramáticas. El humor, en fin, tal como ha sucedido tantas veces en nuestros escenarios comerciales durante treinta y siete años, deja de ser una actitud dinámica para reducirse a pasiva recepción de chistes y de efectos.

Con lo cual, entre otras cosas, sólo hemos podido ver a medias al actor argentino —y también

Una comedia de Alonso Millán

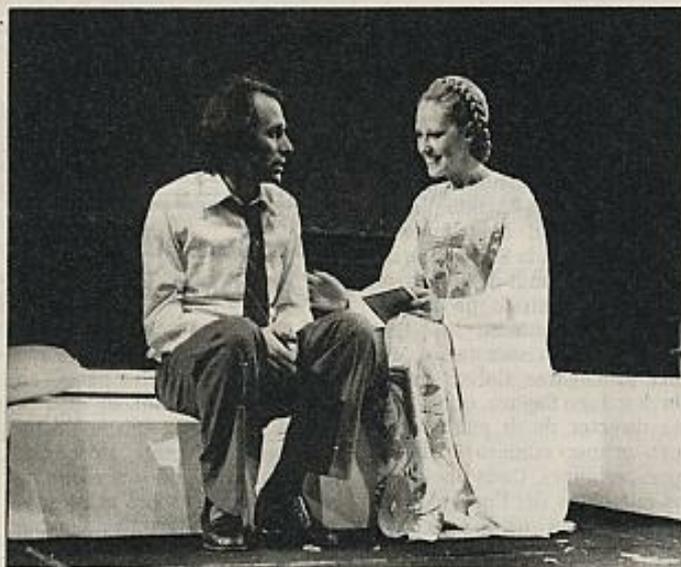
Durante años, la crítica teatral de TRIUNFO ha solido limitarse a hablar de las obras que, por una u otra razón, eran significativas; obras que cuestionaban lo establecido o, por el contrario, lo defendían con argumentos que nos ayudaban a mejor entender la naturaleza de ese "status". Entre ambos polos —que esquemáticamente cabría nombrar como un teatro de la izquierda y un teatro de la derecha— aparecía un censo de comedias cuantitativamente alto y cualitativamente inocuo. Un teatro que se prohibía a sí mismo cualquier reflexión comprometida y hacía de la tierra de nadie la patria de la actitud cordial y civilizada, quizá sin advertir la relación entre esta tesis y el escepticismo político engendrado por nuestra guerra civil. De este teatro —que no era simplemente menor, sino que parecía muy orgulloso de serlo— no hemos hecho habitualmente crítica. Sobre todo porque tales obras eran, a través de sus distintos argumentos y matices, sustancialmente iguales e hijas de una misma inmovilidad. El autor, "desde fuera" de la realidad, como si no tuviera nada que ver con el mundo de sus personajes, fabulaba una pequeña historia y la dialogaba según su ingenio y las normas imperantes de la "teatralidad". Los seres humanos se convertían en tipos, los sentimientos en delicuescencia ternurista, los conflictos en "casos", las ideas en nada, las palabras en chistes, el talento en ingenio... Pero todo, ya digo —y eso es lo que lo diferencia del teatro de consumo de otros lugares— planteado como una operación cultural, gracias a la cual quedaban en el entredicho de la política, de la seriedad, de la filosofía o del aburrimiento, quienes tenían la pedantería de hacerse algunas preguntas.

Quizá ahora, sin embargo, la perspectiva sea otra. La cartelera de Madrid —según se ha registrado cumplidamente en TRIUNFO— se ha poblado de títulos y de montajes trascendentes. El hecho de que tres autores, ya fallecidos, Valle-Inclán, García Lorca y Bertolt Brecht, más la obra de un cuarto, Rafael Alberti, escrita en el 44, sean la punta de lanza de esa renovación prueba que la relación entre el teatro recién llegado y nuestra realidad actual sólo es indirecta, aunque sin duda exis-

te, por el hecho de que tales autores no se colocaron en la tierra de nadie y formularon visiones de la sociedad y de la vida impregnadas de elementos que perduran. En todo caso, ello ha bastado para establecer una nueva relación de fuerzas teatrales. La cual obliga, al menos por el momento, a tomar en consideración obras como "Los viernes a las seis", tanto para que el lector tenga una imagen real de lo que sucede en los escenarios madrileños como para intentar valorar el sentido de ese teatro cuando ha dejado de ser dominante.

Dice Alonso Millán en el programa: "Los viernes a las seis no se ha propuesto plantear ningún problema candente de actualidad, ni tan siquiera denunciar algo. Entre otras cosas porque denunciar es un verbo antipático. Tan sólo se asoma tímidamente a la convivencia cotidiana buscando la comprensión para unos personajes egoístas, cobardes, que luchan desesperadamente por encontrar algo tan sencillo como la felicidad dentro del orden establecido".

Las líneas valen por todo un Manifiesto, tanto por lo que explícitamente declaran como por sus supuestos. Mientras debatir el "orden establecido" entraba en la antipatía de la denuncia, "buscar la felicidad" sin cuestionario no era un "problema candente". Como si el "orden establecido" fuera sólo un problema de grises y de huelgas y no afectara decisivamente a un orden general de valores de todo tipo, en íntima relación con "algo tan sencillo como la felicidad", por utilizar las palabras del mismo Alonso Millán. Cabría incluso pensar que en esta sistemática identificación entre "orden establecido" y "Régimen" quizá radica una de las limitaciones ideológicas de este teatro del inmovilismo. Para evitar cualquier sospecha de confrontación con el segundo se acepta plenamente el primero, soslayando así la realidad dinámica de donde emergen los valores sociales y los regímenes políticos. Los personajes de este teatro parecen por ello mariposas sujetas con alfileres, que sólo pueden alcanzar sus objetivos como los héroes de los cuentos, después de que el cuento acaba: "y vivieron felices y comieron perdices". Antes, mientras andan por delante de nosotros, mientras viven en la realidad que les ha impuesto el dramaturgo, sólo son seres insignificantes y patéticos, sin salida posible.



"La libélula", de Nicolai y March.

costumbre, el argumento para que se vea que la comedia se apoya en una historia de humor ambivalente. Cabía ennegrecerlo, poner el énfasis en la lucha de sexos, acentuar cuanto hay en la heroína —la "pobre mujer incomprendida"— de mantis religiosa más que de libélula, sonreír civilizadamente ante la caricatura del matriarcado moderno, o, por el contrario, centrar la comedia sólo en lo que pueda tener de ingeniosa, aprovechando precisamente su tono caricaturesco para desligarla de toda identificación con el público.

director— Norman Brisky, que si está divertido cuando la situación lo permite y nos da las únicas notas que se acercan a ese latente estudio de la misoginia que hay en la comedia, deja de proponernos una imagen de su personalidad bastante lejana de la que, merecidamente, tiene en la Argentina. Junto a Norman Brisky, Ricardo Merino es el otro oponente de Analia Gadé, actriz con un físico muy adecuado para encarnar ese personaje strindbergiano que sugiere la historia, pero muy rara vez la comedia. ■ JOSE MONLEON